





ENERO 1895

EL VIAJERO

CUENTOS,
ANÉCDOTAS,
CHISTES,
NOTICIAS,
AVISOS.

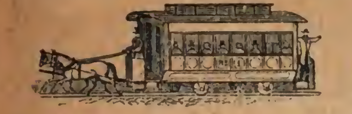
20 CENTAVOS

BUENOS AIRES

Imp., Litog. y Encuadernación de Jacobo Peuser, San Martín y Cangallo

1894

Año I | ENERO | Núm. I



EL VIAJERO

Precio 20 centavos

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, 2356 CHILE, BUENOS AIRES

EL VIAJERO

Va á recorrer toda la República. Saldrá todos los meses; y desde Buenos Aires hasta Jujuy y de Patagonia á Misiones, visitará todas las ciudades, villas y pueblos, atravesando las montañas, llanos, ríos y selvas de su feracísimo suelo, en ferrocarriles ó ferrocarretas, en barcos á vapor ó vela, á lomo de caballo ó mula, y cuando no sea posible de otra manera, usando el medio de locomoción preferido por Juan Jacobo Rousseau; medio de locomoción que es muy bueno para la salud, pero que no es conveniente en una época en la que muchos jóvenes antes de haber cumplido veinte años, juegan dinero, beben licores espirituosos y conocen los secretos de los

camarines de los teatros por secciones, y en la que muchas niñas, antes de salir de la primavera de su vida, queman sus cabellos y marchitan su cútis con drogas que les dan colores que no les dió la Naturaleza.

Viajes de instrucción y de placer los suyos, tratará de verlo y de estudiarlo todo y de todo tomará nota, y para provecho de los que en pos de él hagan el mismo viaje, criticará lo malo y elogiará lo bueno que encuentre en el camino. El que paga tiene el derecho de aplaudir ó silbar, y este derecho no se circunscribe al teatro. Cuando en una fonda le dan al pobre pasajero gallo por pollo, ó vino de pasas por vino de uva, tiene el derecho de gritar; y "El Viajero" gritará.

Amigo de lo bueno y de lo bello, recomendará las fondas, las posadas, las casas de baños en que se sirva bien; y los buenos vinos, las buenas cervezas, los buenos cigarros y todo lo bueno; y las tiendas, bazares y negocios en que se encuentren mercaderías legítimas y á precios equitativos; y así mismo las mejores rutas á seguir, los precios de los pasajes, los horarios y todo cuanto la experiencia le haya enseñado como útil y cómodo; no olvidando señalar los sitios dignos de ser visitados por su belleza ó su bondad, y los teatros,

circos, hipódromos y demás sitios de placer y recreo.

Todo lo que importe una gloria ó signifique un triunfo para la República Argentina, ora sea debido á la Naturaleza, ora al esfuerzo del hombre, merecerá el estudio y los elogios de "El Viajero", y sobre todo, lo que á los adelantos industriales se refiera, sean éstos realizados por los hijos del país, ó por los extranjeros que regándola con gotas de sudor, convierten su tierra en oro.

Amante entusiasta de las conversaciones, desde el momento en que pise la cubierta del vapor, suba al coche del ferrocarril, ó se siente á la mesa del hotel, "El Viajero" la entablará con los que estén á su lado sin distinción de edades, sexos y clases sociales. Tratará de hacer amena su conversación con las señoras, refiriéndoles cuentos, anécdotas y chistes, y cuando sean jóvenes les hablará de bailes y conciertos, trajes y modas, amores y poesía, y como siempre debe estar junto lo útil con lo agradable, les recomendará algunas reglas de economía doméstica y recetas culinarias aprendidas de una vieja tía suya que sostiene que no hay platos que igualar puedan al locro y á la carbonada con duraznos, ni postres compa-

rables á los alfajores de Mendoza ó á los bizcochuelos de Córdoba.

Si son jóvenes con quienes habla, tratará de convencerles, que, así como por natural ley al hombre le chocan las mujeres mari-machos, á las mujeres les repugnan los hombres maricas.

Y si es con estancieros, de campos, antisárnicos, y sobre todo de ovejas de toda clase, que es lo que á ellos más les interesa; y si son agricultores, de la conveniencia de multiplicar los cultivos y abaratar los fletes, y de las ventajas que tienen unos injertos y desventajas que ofrecen otros.

Y no se diga que este será un viajero excepcional, pues con todos y de todo pretende hablar, que no otra cosa le pasa á cualquiera que recorra muchas tierras y visite muchos pueblos, si es observador, y el trato con sus semejantes ama. Naturalmente, á medida que aumente el número de sus viajes, aumentará el número de las cosas de general utilidad que pueda hacer conocer, y de las amenas que le sea dado referir; empezando la charla en este primer viaje por recordar los siguientes pensamientos sobre la mujer, de los cuales, "El Viajero" solo acepta el tercero de ellos, haciéndolo suyo.

PENSAMIENTOS SOBRE LA MUJER

Las mujeres son la más bella mitad del mundo.

J. J. Rousseau.

La mujer es lo más corruptor y lo más corruptible que hay en el mundo.

Confucio.

La mujer es la obra maestra de la creación.

Lessing.

La mujer es el peor de los males.

Euripides.

La mujer es el pájaro más bello que tenemos en sobre tierra.

A. de Musset.

¿Qué es la mujer? Una cosa pequeña, un conjunto de necedades.

Balzac.

La mujer es el corazón del hombre.

P. Leroux.

La mujer es una traba social, una forma del oscurantismo; y si el hombre no tuviera que nacer de ella, debería ser suprimida.

P. Galdós.

MANEJO DEL ABANICO

El célebre poeta inglés Addison supo que las españolas tenían un lenguaje secreto en sus abanicos; lo aprendió, y, en sus ocios, hallaba sumo solaz enseñándolo á sus paisanas. Pero ¡oh dolor! las inglesas le salieron discípulas inenseñables. Por el contrario, en Andalucía, cada muchacha resulta tan maestra, que aprendidas las reglas generales, en el acto sujeta á otras arbitrarias su abanico para no ser así entendida más que de sus pocas compañeras, confidentes de los cuidados de su corazón.

FERROCARRIL
DE
BUENOS AIRES AL PACÍFICO

BOLETOS DE RECREO

Para los Domingos y dias de fiesta se expedirán Boletos de Recreo de ida y vuelta desde Buenos Aires y vice-versa, á los siguientes precios:

Á	DE CENTRAL		DE PALERMO	
	Iª CLASE	2ª CLASE	Iª CLASE	2ª CLASE
Devoto	$ 0.80	$ 0.50	$ 0.60	$ 0.40
Caseros........	I.00	0.65	0.75	0.45
Hurlingham ...	I.50	I.00	I.30	0.80
Bella-Vista	I.60	1.10	I.40	0.90
Muñiz	I.60	I.10	1.40	0.90
Pilar...........	2.60	I.90	2.40	I.70
Cortines	4.70	3.30	4.60	3.I0
Agote	6.35	4.30	6.35	4.20
Mercedes......	6.90	4.60	6.90	4.50

Estos boletos se expedirán desde la tarde de la víspera de los dias Domingos y festivos, siendo válidos para regresar por los trenes de la mañana siguiente á ellos.

SALIDAS

	A. M.	A. M.	A. M.	A. M.	P. M.	P. M.	P. M.	P, M.
Central..........	7 20	9 40	II 30	I 15	4 10	4 55	6 00	10 05

REGRESOS

	A. M.	P. M.	A. M.	A. M.	P. M.	P. M.	P. M.	P. M.
Muñiz...........	6 35	7 25	8 29	II 50	4 27	5 14	6 20	8 47

DE CAMPOAMOR

Según creen los amantes
las flores valen más que los diamantes.
Mas ven que al extinguirse los amores,
valen más los diamantes que las flores.

ENERO—31 días—Sol en Acuario

AGRICULTURA.—Lo que hay que hacer en este mes es de huertas y algo de chacras. En tablones ó canteros, que ya suponemos estén preparados, se siembra ó se desparrama convenientemente semilla de zanahorias, espinacas, rábanos y achicorias. Si la tierra apareciese muy recargada de plantas, cuando estén de 3 á 4 pulgadas, se entresacan hasta dejarlas como deben permanecer. También se puede sembrar para cosechar en verde, arbejas, muelas ó jifa y porotos. En chacra se sembrará aún maíz y porotos, seguros de conseguir buen resultado, si escapan de heladas. —Se deben hacer almácigos de remolacha, acelgas, lechuga, repolio de invierno y de cebollino para verdeo. Estos almácigos deben regarse un día sí y otro nó; el trasplante se hará cuando la planta tenga de 3 á 4 pulgadas. – En este mes se recogen la mayor parte de las semillas, teniendo el labrador el especial cuidado de procurarse las más selectas, pues de ellas depende tener buena y abundante cosecha. Se recoge la cebolla, el ajo, el trigo y aún éste se trilla y guarda.

			Sol sale	se pone
1	Mar.	**✝ La Circuncisión de N. S. Jesucristo.**	4 29	6 45
2	Miér.	San Isidoro, obispo y mártir.	4 29	6 45
3	Juev.	San Florencio y santa Genoveva, virgen y mártir.	4 29	6 45
		Cuarto creciente á las 3 y 11 de la mañana.		
4	Vier.	Santos Gregorio y Tito obispos.	4 30	6 44
5	Sáb.	*Vig. y Abst.*—ss. Telesforo, papa y mr., y Eduardo, rey.	4 30	6 44
6	Dom.	**La Adoración de los Santos Reyes.**	4 31	6 43
7	Lun.	San Juán, mártir.	4 31	6 43
8	Mar.	Santos Luciano, Teófilo y Maximino mártires	4 31	6 43
9	Miér.	San Fortunato y santa Basilia, mártires.	4 32	6 42
10	Juev.	Santos Nicanor, mártir y Guillermo, arzobispo.	4 32	6 42
		Luna llena á las 3 y 10 de la mañana.		
11	Vier.	Abr. las velaciones.—ss. Higinio papa y Salvio, mrs.	4 33	6 41
12	Sáb.	San Benedicto, obispo.	4 33	6 41
13	Dom.	Santos Gumersindo, papa y Leoncio, obispo.	4 34	6 40
14	Lun.	San Hilario, obispo.	4 35	6 39
15	Mar.	Santos Pablo, papa herm. y Mauro, abad.	4 35	6 39
16	Miér.	Santos Marco, papa y mártir y Fulgencio, obispo.	4 36	6 38
		Cuarto menguante á las 7 y 52 de la noche.		
17	Juev.	San Antonio, abad y San Sulpicio.	4 37	6 37
18	Vier.	La Cátedra de San Pedro en Roma. —Sta. Liberata, v.	4 37	6 37
19	Sáb.	San Canuto, y santa Márta, mártires.	4 38	6 36
20	Dom.	*El Sant. N. de Jesús.*—Ss. Sebastián y Fabián, mrs,	4 39	6 35
21	Lun.	Santos Fructuoso, y Eulogio, mártires.	4 39	6 35
22	Mar.	Santos Vicente y Anastasio, mártires.	4 40	6 34
23	Miér.	Santos Ildefonso, arzobispo y Raimundo de Peñafort.	4 41	6 33
24	Juev.	N. S. de Betlehem, N. S. de la Paz y s. Timoteo, ob. y mr.	4 42	6 32
		Luna nueva á las 4 y 20 de la tarde.		
25	Vier.	La Conversión de S. Pablo apóstol y San Máximo.	4 42	6 32
26	Sáb.	San Policarpo, obispo.	4 43	6 31
27	Dom.	San Juan Crisóstomo, obispo y doctor y santa Paula, vg	4 44	6 30
28	Lun.	San Julián, obispo y confesor.	4 45	6 29
29	Mar.	La Dedicación de esta santa Catedral.—Ss. Valerio y Francisco de Sales.	4 46	6 28
30	Miérc.	San Hipólito, mártir y santa Martina, virgen.	4 47	6 27
31	Juev.	San Pedro Nolasco—*Indulgencia de 40 h. en la Merced.*	4 47	6 27

DE CAMPOAMOR

La niña es la mujer que respetamos
y la mujer la niña que engañamos.

¡Es la esencia mejor de la belleza
el olor sin olor de la limpieza!

El que sufre, lo mismo que el que adora,
creen que todo en el mundo, ó quiere, ó llora.

CELOS

Una blanca y alegre mariposa
de flor en flor saltaba veleidosa
en la pradera amena,
y, ya rendida en su voltario juego,
tomó dulce sosiego
en el casto botón de una azucena.
Una niña que el prado recorría
buscando entre los bellos
capullos que la luz del alba abría
uno gentil que ornara sus cabellos,
de aquel pimpollo en que buscó morada
la mariposa, se quedó prendada.
Su delicada mano
al acercar ansiosa
al tallo de la flor tierno y galano,
voló la mariposa,
dando en sus raudos é inscontantes giros,
con el aura sutil, tristes suspiros.
Vió la niña ligera
como al huir su hermosa compañera
de pena suspiraba,
y así de la pradera
la joven murmurando se alejaba:
— Quizás injusta he sido
quitando á la inocente
su perfumado nido,
objeto, acaso, de su amor ardiente;
pero ¿cuándo no han sido por las flores
rivales en amores
las jóvenes hermosas
y las lindas é inquietas mariposas?

J. Frutos Baeza.

OLEAGINOSAS INDÍGENAS EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

TÁRTAGO

Esta planta, conocida de los tiempos más remotos, Herodoto la denominaba *kiki,* y el aceite extraído de sus semillas servía para el alumbrado; más tarde en la India se le utilizó como agente terapéutico, y es Cavanne, médico inglés, quien en 1767 hizo conocer las propiedades purgativas de este aceite, hoy de un uso ilimitado en medicina, bajo el nombre de *aceite castor* ó *de ricino*, y en la mecánica como lubrificante.

El tártago—denominación nacional—es un vegetal de las zonas cálidas; crece naturalmente en Algeria, Congo, China, y en nuestra República en las provincias de La Rioja, Catamarca, Corrientes, y en el territorio del Chaco, conocida en Europa bajo los nombres de Palma Christi, Ricino é Higuera infernal, y según la localidad, es anual ó vivaz; en toda la región argentina indicada, es una planta vivaz que crece á 4 ó 5 metros de altura, desarrollando tallos de 10 y 15 centímetros de diámetro en su base, y con una gran tendencia á retoñar.

CARACTERES

El tallo de esta oleaginosa, es cilíndrico, fistuloso, glauco y de un tinte purpúreo. Las hojas son alternas, palmatilobes y palmatipórtidas, regularmente dentadas y lisas.

Las flores están dispuestas en espiga, ocupando las femeninas la parte inferior, y las masculinas la superior. El fruto se compone de tres celdillas ovales y cubiertas de pelos subulados; cada cedilla encierra un grano cubierto de una túnica delgada, dura y quebradiza; la semilla, del tamaño de un poroto, es lisa, lustrosa, oblonga, con manchas parduzcas, y contiene una almendra blanca algo dulce y amarga.

VARIEDADES

Se conocen el tártago común, el verde y el sanguíneo.

TERRENO

El tártago, como todas las plantas á raíces pivotantes, requiere para su buen desarrollo un terreno profundo, y siendo muy exigente, lo agota mucho, por lo que es necesario cultivarlo en suelos ricos en elementos nutritivos.

Los terrenos de la República Argentina, en

que este vegetal crece naturalmente, son areno-arcillosos, y de una fertilidad poco común, como lo demuestra la exuberante vegetación de estas plantas.

CULTURA

La gran cantidad de plantas indígenas que vénse vegetar en las regiones anteriormente mencionadas, aún permanecen inexplotadas. Pero de pocos años á esta parte, la industria oleífera ha tomado tal incremento, que hoy las fábricas de aceites se cuentan en número regular, habiendo algunas de éstas que ofrecen 8 pesos por los cien kilógramos de semilla de tártago, y que, fuera de la producción de las pocas hectáreas cultivadas en Entre Ríos, no han podido dedicarse á una seria elaboración del aceite de este vegetal, que es de una fácil colocación por el uso asaz considerable que se hace en toda la República de aceites lubrificantes, viéndose hoy obligada á importar considerables cantidades, cuando debería ser ella la productora, teniendo en su seno la materia prima necesaria.

Estando actualmente convencidos de su importancia, es indudable que la explotación de esta oleaginosa será un hecho dentro de muy poco tiempo, y esto traerá consigo un movi-

miento activo en la industria de este género, porque dará lugar á nuevas fábricas que han de querer utilizar un producto que tan poco cuesta y que es de tanto porvenir.

En la Provincia de Santa Fé, suele utilizarse esta planta para abrigo de los cultivos sensibles á los vientos, sembrando dos ó tres filas en las extremidades de dichos plantíos; en la colonia Yeruá (Provincia de Entre Ríos) se le ha cultivado el año pasado para su explotación industrial, habiéndose en las fábricas de aceites, consumido 625.000 kilógramos de semillas, que han producido: 40.000 kilógramos de aceite en la fábrica de L. Maraini en Capital Federal, y 210.000 kilógramos de aceite en la fábrica de Concordia (Entre Ríos).

SIEMBRA

La siembra de esta oleaginosa, debe hacerse desde que la temperatura marca 12 grados centígrados, ó sea Setiembre y Octubre, para las provincias de Santa Fe, Entre Ríos, Buenos Aires, etc., en hoyos distantes 2^{m} 50, depositando dos ó tres granos en cada uno, á una profundidad de 0^{m} 02. Quince días después, según el estado más ó menos cubierto de yerbas.

COSECHA

Los frutos de tártago son dehicentes, es decir que una vez llegados á su completa madurez, se abren naturalmente y tienen la propiedad de arrojar las semillas á regular distancia; de ahí se infiere la necesidad de hacer la cosecha un poco prematura, cuando el fruto toma un color amarillento y encierra semillas grises manchadas de blanco; este momento corresponde al mes de Marzo.

Luego se amontonan los frutos en capa poco espesa, que se expone al sol, y bajo su acción poco á poco se entreabren, dejando en libertad las semillas, que embolsadas, ya están listas para la venta.

PRODUCCIÓN

Una planta en el Chaco, Corrientes, etc., puede producir 3 kilógramos de granos, y estos contienen 60 °/₀ de aceite; pero la industria solo extrae 41 á 42 °/₀ en peso.

USOS

Hemos dicho ya, que el grano sirve para la extracción del *aceite castor ó de ricino,* para el alumbrado, como lubrificante, y entra tambien en la fabricación de jabones; en Java, se

le mezcla con cal para formar un cemento muy duro, empleado en el calafateo de los navíos. La hoja sirve para la alimentación del gusano de seda, y los tallos para leña.

GASTOS

Preparacion del terreno............	$	20
Siembra y semilla..................	»	10
Dos carpidas..................... ..	»	15
Cosecha..........................	»	40
Otros gastos......................	»	10

Ricardo J. Huergo



Su Retrato

El pintor Severo paseaba lentamente por el bosque de castaños, lindante con la villa de R***, estación de veraneo frecuentada por las familias más distinguidas de Asturias.

Ya no llovía, pero de hoja en hoja rodaban cristalinas gotas de agua cayendo del verde penacho de los árboles mecidos por la brisa, como transparentes perlas sacudidas por la mano invisible de las hadas del bosque.

El pintor se detenía á menudo para admirar las bellezas naturales de una tarde de lluvia entre el espeso follaje, cuando el sol desciende á ocultarse más allá del ancho Océano, y envuelve en color gris los campos, y en matices de oro las cumbres de las montañas, confundiendo los contornos, suavizando los ángulos, añadiendo á todas las formas una vaga redondez, casi desleída con la penumbra del crepúsculo.

Al llegar á un claro del bosque, miró con afán alrededor: la hierba estaba húmeda y brillante; las hojas tiernas de los castaños relucían con el agua que las había lavado, y formaban

Su Retrato

El pintor Severo paseaba lentamente por el bosque de castaños, lindante con la villa de R***, estación de veraneo frecuentada por las familias más distinguidas de Asturias.

Ya no llovía, pero de hoja en hoja rodaban cristalinas gotas de agua cayendo del verde penacho de los árboles mecidos por la brisa, como transparentes perlas sacudidas por la mano invisible de las hadas del bosque.

El pintor se detenía á menudo para admirar las bellezas naturales de una tarde de lluvia entre el espeso follaje, cuando el sol desciende á ocultarse más allá del ancho Océano, y envuelve en color gris los campos, y en matices de oro las cumbres de las montañas, confundiendo los contornos, suavizando los ángulos, añadiendo á todas las formas una vaga redondez, casi desleída con la penumbra del crepúsculo.

Al llegar á un claro del bosque, miró con afán alrededor: la hierba estaba húmeda y brillante; las hojas tiernas de los castaños relucían con el agua que las había lavado, y formaban

como una red de fino encaje verde sobre el fondo obscuro de la gran copa del árbol; la impresión que le producía aquel bosque sombrío y húmedo, era más penetrante, más íntima que si le considerase en pleno sol, bañado por magnificencias de buen día de verano.

Una forma esbelta apareció de repente, destacándose entre el delicado follaje de castaños y abedules, avanzando con tardo paso, tímida, sin ver al pintor que la contemplaba inmóvil; y cuando estuvo á dos pasos de Severo y le miró de frente, estremecióse y dejó caer algunas ramas del hacecillo de leña que llevaba en la cabeza.

—¡Me ha dado Vd. miedo!—dijo sonriendo.

Y sus grandes ojos negros brillaban refulgentes bajo cabellos rubios y enmarañados.

Severo la miraba sin contestar: armonía perfecta reinaba en todos los rasgos fisonómicos de aquella muchacha y formaba contraste su hermosa figura con el color del paisaje en la meláncolica sombra del crepúsculo.

—¡Párate ahí!—exclamó vivamente Severo.

Y sentándose en una piedra, empezó á bosquejar en su album la silueta de su joven modelo.

Era éste una campesina de los alrededores de R***, linda, graciosa, esbelta; sus ojos ful-

guraban como los de una mujer, y su sonrisa tenía aún expresión de niña; sus hombros estaban cubiertos con dengue de color rojo, y sus pequeños pies desnudos arrastraban gruesas almadreñas.

—¿Qué edad tienes?—la dijo el pintor, mientras bosquejaba casi á obscuras su retrato.

— Pronto diez y seis años... y para San Juan tendré novio —contestó la chicuela con franca sonrisa algo picaresca.

— ¿ Porqué para San Juan?—preguntó el pintor suspendiendo su trabajo y mirándola.

— ¡ Porque sí ! — respondió con asombro la aldeana.—Por-

que todas las muchachas le tienen en ese día para bailar giraldillas alrededor de las fogatas . . .

¿Aquella frente pura, aquellos ojos inocentes, aquella boca infantil, toda la belleza virginal de la niñez había de ser profanada por el amor brutal de un campesino?

Severo sintió celos en el corazón.

—¿Y si yo fuese tu novio?—la dijo.

—¿Vd. señor? ¡oh, no! Soy una aldeana y las aldeanas honradas no deben escuchar á los señores. . . ¡Así me lo dice mi madre!

—Quieres volver mañana á este sitio, pero más pronto?—díjola Severo, admirado de la contestación de la niña.

—¿Para que acabe Vd. mi retrato?

—Sí.

*
* *

Severo regresó á su casa pensando en la chicuela de ojos negros y rubia cabellera: hasta entonces la había encontrado con frecuencia en las calles de R***, mirándola con ojos de artista, y ahora le parecía mirarla con ojos de amante celoso. . . .

La noche y la mañana siguiente fueron largas para el artista, quien volvió temprano al

bosque de castaños y abedules; con tanto afán trabajó, completando de memoria el bosquejo, que cuando la aldeana llegaba con algún retraso (¡ya coqueta!), exclamó sorprendida:

—¡Pues si soy yo misma! ¿me le dará Vd.?

—No, este no: haré otro más pequeño para tí.

—¿Y para quién es ese?

—Le pondré un buen marco, le enviaré á Madrid, le colgarán en un salón, y todo el mundo de la corte irá á verle.

—¡Ah, ya sé! dijo gozosa la aldeana.—¿Le enviará Vd. á la Exposición?

—¿Cómo sabes eso, muchacha?—preguntó el artista cada vez más sorprendido.

—Porque he conocido otros pintores, que hablaban mucho de mandar sus cuadros á la Exposición... pero ¡ninguno ha hecho mi retrato!

Severo no tenía necesidad de hacer un buen cuadro, porque su nombre era ya célebre; y sin embargo, trabajó con tal esmero en aquella obra, no solo en el bosque, á la plena luz del día, sino en su estudio, bajo el ancho velum que tamizaba los resplandores cenitales, que el retrato de la aldeana resultó una bellísima produc-

ción artística, una joya de color y de correcto dibujo.

Y era que Severo amaba á su modelo.

Mas la amaba demasiado para comprender que aquella maravillosa flor de los campos no podía ser su mujer; ella carecía de todo lo que asegura la vida, menos de la hermosura; no tenía profundidad de sentimiento, ni tampoco ardiente pasión, que todo lo excusa; era una pobre muchacha inocente y rústica, un poco vanidosa, algo coqueta, sin grandes defectos y sin grandes virtudes.

Pero Severo adoraba la línea encantadora de aquel cuerpo apenas formado, que envol-

vían castamente los pliegues de la basquiña sin atreverse á disfrazarle; adoraba sus ojos negros, su boca sonriente, y sus cabellos rubios y siempre en desorden; adoraba la forma plástica de la aldeana el mejor modelo que hasta entonces se había sometido á su mirada escudriñadora de artista.

Y no sin pena, cuando llegaron los días nebulosos de Noviembre, marchó de la villa de R*** con dirección á la corte, punto de su habitual residencia.

¡Ah! ¡se parte siempre con pena de cualquier pueblo donde ha brotado una esperanza de dicha para el alma, si esta esperanza se disipa y no deja huella alguna!

¡Es tan duro para el hombre de corazón generoso dejar detrás de sí un pedazo de la vida, una hoja en blanco del libro del porvenir!



Severo llevó consigo el cuadro, y pasó ante él largas horas del invierno, perfeccionándole sin cesar con preciosos detalles.

Y el cuadro fué admirado en Madrid, aunque la crítica más sesuda, unánime en su juicio, declaró gravemente que rostros como el de la aldeana retratada por Severo no existían sino

en la imaginación del pintor ó en el febril entusiasmo del poeta.

Y Severo escuchaba sonriente tal juicio, y guardó para él solo el secreto del dulcísimo semblante que le había inspirado su magistral obra de arte, rechazando las brillantes ofertas que por ella se le hicieron, y negando en absoluto su permiso para reproducirla por la fotografía ó por el grabado.



Acercábase el otoño cuando volvió el artista á la villa de R***.

Dos veces las fogatas de San Juan habían alumbrado las giraldillas y la danza prima desde que el pintó su cuadro, y cuando pensaba en la hermosa aldeana sonreíase con tristeza y se preguntaba cual de los rudos labradores de la comarca habría logrado el amor de la muchacha.

Su primera peregrinación, en el mismo día de su llegada, fué el bosque de castaños y abedules: era ya casi de noche, y pálida niebla cubría con blanquecino manto los altos árboles y las montañas cercanas.

Llegó al claro de la selva, rodeado de sombrío follaje, y sentóse en la misma piedra donde

había bosquejado, dos años antes, el retrato de la aldeana, comenzando el magnífico estudio que puso el sello á su fama en la Exposición de Bellas Artes.

¡Y parecíale que aquella piedra fría, inerte, se mofaba irónicamente de sus sentimientos, de su timidez!

—¡Una aldeana!— pensaba.—Me habría amado, si yo hubiese querido que me amase... ¿Será tal vez insensato el que sacrifica á sentimientos de honradez los bienes reales y positivos de este mundo? ¡No jamás! La conciencia clama contra esa duda... ¡El hombre debe ser digno de su honor!

Y mientras así pensaba, sin renegar, como tantos otros, de los serenos principios de la moral cristiana, vió que se acercaba á él, por la ancha avenida del bosque, la aldeana del retrato; no la esbelta muchacha que le sirvió de modelo, sino una mujer arrogante, siempre bellísima.

Un aldeano caminaba á su lado, llevándola de la mano, según costumbre de Asturias, por el dedo meñique: era un gallardo mancebo, alto, robusto, bien vestido en su clase, y se inclinaba hacia la joven de cuando en cuando para enjugar con un pañuelo las lágrimas que rodaban por las mejillas de la muchacha.

En viendo á Severo, los dos se separaron.

—¡Para este imbécil! murmuraba el artista —he respetado esa flor!

Y cuando la joven le reconoció, dijo con viveza:

—¿Es Vd. señor? ¡Bendito Dios, que me dá la alegría de verle!

—Pero ¿por qué lloras rapaza?—preguntóla Severo, estrechando sus manos.

—¡Ah, señor, que desgraciados somos! Este es mi novio desde el día de San Juan... —contestó la aldeana, señalando al campesino.

—Que sea en hora buena... ¿Y qué?

—¡Que no se nos quiere casar, señor! Yo soy pobre, él es rico, y su madre, no me quiere aceptar por nuera—respondió la muchacha con voz llena de lágrimas—¿Sabe Vd.? Su madre le dice que si se casa conmigo lo deshereda.....

—Y vosotros no queréis que os deshereden, ¿verdad?—replicó Severo con ironía.

—¡Caramba señor!—exclamó el aldeano —¡Es necesario saber vivir!

—¡Justamente! ¡Es necesario saber vivir! —repitió Severo.—Creed que lo siento, muchachos.

Los dos se alejaron, y el pintor continuó

sentado en la piedra, apoyando su cabeza en las manos, reconcentrando en su mente el inquieto pensamiento.

*
* *

¡La quimera habíase desvanecido! ¡Nada quedaba ya de la gentil aldeana sino vulgar matrona que solo aspiraba á saber vivir!

—¡Así son nuestras ilusiones más queridas! —se dijo Severo, levantándose.—¡Lo que siempre queda en el alma es la dulce satisfacción de hacer el bien!

Regresó á su domicilio.

Aquella noche escribió á Madrid, y pocos días después, se presentó en casa de los padres de la joven, y dijo á ésta:

—He vendido tu retrato, y le han pagado muy caro... Toma su importe para que consigas casarte con tu novio.

PEDRO J. BARRADAS.



AL CABALLO

Huye! vuela como el rayo
mi caballo
corredor....!
Corta el llano bravo mío,
cruza el río
sin temor.
De hojarasca blando lecho
satisfecho
te daré;
donde alegre y extendido
complacido
te veré.
Pronto amigo, voz muy pura
con ternura
te hablará;
y al mirar tu hermosa amiga,
tu fatiga
cesará.
Ya verás como en sus manos
rubios granos
de maíz
te dará la bella indiana
muy ufana,
muy feliz.
Huye! vuela como un rayo
mi caballo
corredor
hasta que halles junto á un río
el buhío
de mi amor!

Solitario de América.

EL MANANTIAL DE LOS AMORES

TRADICIÓN

En un fertilísimo y pintoresco valle lleno de poesía y circundado de hermosos cerros, se levanta rico de movimiento y vida el pueblo del Tandil, al que una piedra de maravillosa manera colocada, ha dado fama universal.

Si al interés y á la natural curiosidad que despierta una piedra enorme que, en lo más alto de un cerro, al borde mismo de un hondo precipicio, sobre pequeñísima base, al sólo impulso de ligera brisa ú obedeciendo al esfuerzo muscular de un hombre, se balancea, sujeta por magnéticas fuerzas ó exactísimamente colocada sobre su centro de gravedad, agregáis los encantos propios de los siempre bellos panoramas de una región accidentada y montañosa, comprenderéis la importancia, que, como punto de veraniega temporada, tiene el Tandil, ligado á esta capital por férrea línea, para los que á la vez que aire puro para sus cansados pulmones buscan en las maravillas de la naturaleza lo que el alma para alivio de

sus dolores necesita, lo que levanta la humana criatura de la tierra al cielo, lo que nos hace comprender y amar á Dios; el encanto misterioso, el inefable placer, la sublime poesía que hay en lo bello.

Desde las plazas, desde las calles y hasta desde los patios de las casas de este pueblo que la riqueza pastoril de una campiña feracísima, la riqueza de inmensas y magníficas canteras de mármol, de pizarra y de granito, y la riqueza de una tierra vegetal en la que crecen con lujuriosa exuberancia el trigo y el maíz, el lino y la colza, han convertido en un gran centro de industria y de comercio, se ofrecen á la vista del extasiado observador mil variados y hermosísimos cuadros.

Pero es desde la cumbre de la más alta de las sierras que, cual gigantescos fuertes circunvalan al Tandil, de donde se contempla, naturalmente, un grandioso panorama. Este pico es frío, de color plomizo, sin vegetación desde su cúspide hasta su pie; ese otro, por el contrario, es risueño, cubierto de verde manto vegetal; aquel de más allá, presenta su falda dividida en cuadros negros formados por la reja del arado del agricultor dinamarqués, que empieza á abrir surcos en la capa de la fértil tierra que lo cubre; á la derecha,

atrevida, audaz, soberbiamente inclinada sobre el abismo, oscila sobre su cerro la piedra movediza; en el valle central, el pueblo que se extiende hasta el pie mismo de las alturas que lo rodea; en las gargantas y en los valles intermedios que separan de uno y otro cerro, numerosas quintas pobladas de hermosos y frondosísimos árboles; allá á lo lejos los picos que marcan la dirección que toma la pintoresca sierra, y serpenteando como la luz del relámpago en la nube corre y se pierde el Tandileofú.

Piedras enormes desprendidas en prodigioso número y caprichosas posiciones, colo-

cadas desde la época remotísima en que, envuelta en hielos desde los Andes, las trajo hasta allí una gran corriente marina; grutas y pricipicios, fuentes y arroyuelos, masas de granito y vetas de mármol, óxidos y arena se ven formando contrastes y variadísimos cuadros en esas sierras á cada paso que da el viajero.

Mas, no hay en el Tandil ni en los cerros que lo forman, un sitio más bello, más poético y encantador que el Manantial de los Amores.

En la falda oriental del cerro del cementerio, en su primer escalón y escondida en un bosquecillo de viejos y ramosos árboles, está engastada en la tierra, una piedra de cuyo centro por pequeñísimo conducto sale continuamente un hilo de agua que fresca y cristalina cae sobre otra piedra y corre por entre berros silvestres y otras acuáticas yerbas, y va á perderse á pocos pasos de su nacimiento en las arenas que llenan una gran hendidura de la roca: ese es el Manantial de los Amores.

Poético nombre que debe, así como la maravillosa virtud que el agua de ese manantial posée, á los amores de dos hijas de esas sierras.

Cuando en las grutas en que hoy resuena el silbato de la locomotora, repetía el eco los alaridos del salvaje de la pampa, habíase refu-

giado en una de ellas un anciano padre de dos niñas mellizas, que allí con él vivían felices, y que eran bellas como el amor, puras como la inocencia, buenas como la caridad.

Allí habían nacido y allí habían crecido, como las blancas flores silvestres de las montañas, sin conocer otro amor que el amor de su viejo padre, pues la mujer que las llevó en su seno dejó de ver la luz el día que ellas la vieron.

La fresca agua que brotaba del vecino manantial, el canto de los pájaros que anidaban en los frondosos árboles que lo ocultaban y lo defendían de los rayos del sol, la fragancia y los colores de las florecillas que crecían entre las grietas de las piedras y la apacible tranquilidad que allí gozaban les había hecho de aquel sitio, el sitio favorito de sus inocentes placeres y alegrías.

Acompañábalas el anciano en muchas ocasiones, y allí usando del gran libro de la Naturaleza y del caudal de su experiencia les enseñaba á amar á Dios y á sus criaturas. Un día llamó el anciano á sus dos hijas, y ocultando entre sus manos las manos de ellas y con cariñoso acento les dijo: Hoy hace quince años que vuestra madre que murió al daros á luz, os vé desde el cielo. Sois tan bellas como

buenas y debéis amar; y como es bien difícil que vengan á beber del agua de esta fuente hombres dignos de ser vuestros esposos, pienso retirarme con vosotras á una gran ciudad; largos años de economía y de trabajo me han dado una fortuna que es toda vuestra; vamos, pues, hijas mías, á buscar vuestra felicidad lejos de estos apartados y solitarios sitios.

Mientras que el anciano hablaba, cristalinas gotas desprendidas de los ojos bellísimos de las dos niñas, caían é iban á mezclarse con el agua del manantial; y cuando hubo terminado, con palabras que entrecortaban tiernos besos y profundos sollozos, dijeron las bellas á su padre que: como buenas hijas obedecerían ellas las paternales órdenes, pero que, con amarguísimo dolor, se apartarían del sitio ameno que les había servido de cuna; que si á Dios placía darles un compañero, ese compañero no sería más difícil encontrarle allí, que en otra parte alguna.

No bien hubieron terminado de hablar las niñas, cuando dos apuestos jóvenes que, ocultos tras la misma piedra que servía de asiento al anciano, habían presenciado la tierna escena y escuchado las frases amorosas de aquellos seres buenos y puros, se presentaron de im-

proviso, dejando maravillados con su presencia á las bellas niñas y al anciano padre.

Dijeron los recién venidos, que habiendo llegado á sus oídos que en aquel paraje había una gran piedra que un solo hombre podía mover sin que fuerza alguna pudiera hacerla rodar hasta el fondo del precipicio, á cuyo borde se balancea, la curiosidad los llevó á él; que después de haber visto y admirado la maravillosa piedra, empezaron á visitar todos los bellos sitios de aquellas sierras, hasta que un día al aproximarse á aquel manantial vieron á las encantadoras niñas, y que desde entonces, prendados de su hermosura y de su inocencia iban todos los días allí á la misma hora que ellas, sin que jamás se hubieran atrevido á interrumpir sus inocentes juegos.

Agregaron los jóvenes que amaban con pasión á aquellas niñas y que estaban dispuestos á unirse á ellas con los sagrados vínculos del matrimonio.

Aun cuando comprendió el anciano que Dios les enviaba á sus hijas en esos jóvenes los compañeros á que aspiraban, rogóles que antes de entregarles para siempre los dos únicos objetos de su amor, pasaran allí un mes más.

Accedieron los jóvenes, y pasaron ese mes

bebiendo todos los días en la palma de la mano de sus amadas, el agua purísima de aquel manantial; después del cual cumplieron su promesa y se unieron á esas dos bellísimas hijas del Tandil, cada una de las cuales fué madre feliz de numerosa prole.

Y es fama que, desde entonces, la doncella que bebe, en la palma de la mano, el agua de ese manantial tres veces consecutivas, á la hora en que el sol á la tierra envía sus primeros rayos, antes del año ve trocar por las rosas de la desposada los blancos azahares de su virginal corona.

MANUEL C. CHUECO.



EL CONSERVADOR

GRAN LAVADERO A VAPOR

DE

Emilio C. Hellmuth y Cía

1231 - ENTRE-RIOS - 1231

Este importante establecimiento se distingue de todos sus similares de la localidad, no solo por la blancura y brillo del lavado y planchado de la ropa, sino muy especialmente por su conservación, que se estima, según los más autorizados testimonios científicos, en la proporción de ocho á nueve. Con respecto al lavado se utiliza exclusivamente el célebre tambor «Emilio Martini», de que tiene para el plazo el correspondiente privilegio; y es que en el ramo, ese tambor, es hoy en Europa la última palabra, porque tiene, aparte de sus demás excelencias, la muy importantísima de desinfectar la ropa, por medio del vapor á una temperatura máxima.

Las familias pueden utilizar con inestimables ventajas los servicios del establecimiento que por las razones expresadas, desafía toda competencia.

Se recibe ropa de vapores, hoteles, casas amuebladas, restaurants, clubs, colegios, familias y en general toda ropa que no sea de hospitales.

Referencias: Grand Hótel. Café París, Rotisserie de George Mercer, Royal Hótel, Grand Hótel, Frascatti Restaurant, Gambrinus, La Taverna, Café Central, Compañía de vapores Nondentscher Lloyd, Compañía Sud-Americana de vapores de Hamburgo, Colegio Militar de Palermo, etc., etc.

EL NIÑO DE LOS SANTOS REYES

(RASGO DE CARIDAD CRISTIANA)

En la noche del 5 de Enero de 188..., víspera de la festividad de los Santos Reyes, caía sobre la coronada villa una lluvia de nieve, finísima, delicada, semejante á pequeños hilachos de blanca lana.

A lo largo de la calle de Alcalá caminaba un niño de unos ocho años, un desgraciado de miserables harapos vestido: con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta y el cuello escondido entre las vueltas de una vieja bufanda, iba encorvado, tropezando, como quien ya no puede tenerse de pie, como quien no tiene ni aún fuerzas para respirar.

En aquella hora, las doce de la noche, y con rudo temporal de nieves, la calle de Alcalá estaba desierta, asemejándose á una ciudad abandonada más bien que á la principal arteria de Madrid; y si de cuando en cuando el niño encontraba un transeunte, oíasele salmodiar con débil acento:

—¡Una limosna, por amor de Dios! ¡No he comido en todo el día!

Y caminaba algunos pasos al lado del transeunte, con una mano extendida y el semblante apenado, teniendo la esperanza de obtener limosna para comprar un pedazo de pan; pero los transeuntes iban envueltos en capas ó gabanes, y andaban muy de prisa, y el pobre mendigo no conseguía conmoverlos con sus lamentaciones.

Anduvo así largo rato, con el rostro azotado por la nieve, los vestidos empapados, los pies ateridos, las manos hinchadas de frío, y buscaba acaso un cobertizo donde guarecerse, una casa en construcción, una garita abandonada..... ¡Y sólo veía la ancha calle toda blanca, toda cubierta de nieve!

Y de repente vacilaron sus pasos, y acercándose á un palacio inmediato, dejóse caer inerte en un ángulo de la portada, cruzó las manos sobre el pecho, encogió las entumidas piernas, acurrucóse en el menor espacio posible (¡pequeño fardo de miseria humana!), y quedó sumido en letargo profundo.

¡Su cansancio era más fuerte que su hambre y su dolor!

Y la nieve continuaba cayendo, como si los ángeles sacudiesen en la altura las plumas de sus alas.

*
* *

Una hora después, el ancho firmamento, en toda la plenitud de su grandiosa cúpula, presentaba un color oscuro y siniestro: la nieve había cesado, y no centelleaba un lucero: allá lejos hacia la cumbre del cielo, veíase á la luna detrás de opacos nubarrones, parecida á un formidable ojo velado.

En un instante aparecieron por la Cibeles dos linternas de un carruaje, destacándose en la sombra como refulgentes pupilas de un monstruo; rodó el coche hasta el palacio, y paróse delante de la portada; el lacayo saltó del pescante, y dió un golpe en la puerta, y cuando ésta se abrió por dentro, á la luz de los faroles distinguióse al niño cubierto de nieve.

—¡Aguarda, Bautista, que hay aquí un mendigo!—gritó el portero.

—¡Eh, chicuelo! – exclamó el lacayo, dando un puntapié al niño—¡Arriba, imbécil!

Y apenas había resonado esa brutal exclamación, abriéronse las dos portezuelas del carruaje, y salieron por ellas un caballero y una señora, los dos jóvenes, apuestos y elegantes.

—¡Pobrecillo niño!—gritó la dama conmovida—¡No le lastiméis! ¡Entradle al portal!

Y en seguida, quitándose rápidamente los

guantes, puso una mano en la frente del mendigo, y sintió escalofríos al encontrarlo helado.

—¡Jesús mío! ¡está muerto! ¡muerto de frío!

—¡Por Dios, Luisa mía, tranquilízate!—dijo el caballero, que examinaba también al niño. Sólo está desvanecido..... Su corazón late..... le siento palpitar.....

Y volviéndose hacia el brutal lacayo le dió esta orden:

—Llevadle á la cocina... cerca del fuego... y que le den inmediatamente una taza de caldo...

—¡No, no!—exclamó entonces la señora—A la cocina, no: á mi gabinete... pronto! ¡á mi gabinete!



El niño mendigo fué llevado al gabinete de la señora Condesa de H***

Y esta caritativa dama, ayudada por una doncella, desnudóle apresuradamente, le envolvió en buenas mantas, le friccionó el aterido cuerpo con agua de Colonia... Y el pobre niño no recobraba el conocimiento ni el calor de la vida: era como una masa inerte, y causaba pena contemplar su semblante pálido, sus ojos cerrados, sus labios descoloridos...

¡Oh, sí! Aquel espectáculo hacía daño, y la Condesa y su camarera vertían lágrimas, que rodaban hasta las mejillas lívidas del niño.

A poco rato entró en la estancia el esposo de la noble dama, seguido de un médico.

—Doctor—le dijo—he molestado á usted para que vea á este desgraciado niño... Es la víspera de los Santos Reyes, y cuando los niños felices sueñan con los juguetes y dones que les envían desde el cielo, este infeliz ha caído yerto de hambre y de frío á la puerta de mi casa... El es también un don del cielo para mí: ¡salvémosle, doctor!

Acercóse el médico al niño, y examinóle detenidamente.

—¿Hay esperanza de salvarlo?—preguntó anhelante la Condesa.

—Veremos... no puedo responder todavía... Ahora, no hay para qué ocultarlo, está grave, muy grave... Por fortuna es robusto y... ¡el infeliz debe de estar habituado al sufrimiento!... Continúe usted, señora Condesa, friccionándole con agua de Colonia, y cada cuarto de hora désele una cucharada de la poción que voy á recetar... Volveré dentro de cuatro horas.

*
* *

Hace dos días que el pequeño mendigo está delirando.

Pero ¡qué delirio el suyo!

Es un delirio que no le causa sufrimiento, sino felicidad, y acaso por la primera vez en su vida: sueña que le dan muchas limosnas, muchas, porque mueve con frecuencia los labios y murmura sonriéndose: "¡Gracias! ¡gracias!"; sueña que come exquisitos manjares, porque abre y cierra la boca y se limpia con el revés de la mano; sueña también que los Reyes Magos le han traído del cielo ricos juguetes, porque supone que tiene entre sus brazos un polichinela, y le habla, y le besa, y y le arrulla como á una muñeca, y aun le dice frases de consuelo . . .

¡Pobre alma inocente que tanto ha sufrido, consuela á un ser más desgraciado! Y consolar á quien es más desgraciado, es ser feliz . . .

—¿Pero ya no hablas, niño?—exclama de repente la Condesa.

—¿Por qué abres los ojos llenos de asombro, y me miras á mí, que estoy sentada á la cabecera de tu lecho y miras los cuadros, los tapices, las colgaduras, el fuego de la chimenea? ¿Quizás preguntas á tu débil cerebro si todo eso es verdad, ó si todavía estás delirando? . . . ¡Es verdad, es verdad, niño! ¿No me

ves? Ahora soy tu madre, y te cuido y te quiero por amor de Dios, inspirada por la santa caridad cristiana... Ya no serás un niño abandonado, un niño vagabundo y miserable, sin padres, sin albergue, sin vestidos ni pan: desde hoy serás mi hijo adoptivo, el niño de los Santos Reyes... ¡Abrázame, para dar gracias á tu madre!... ¿Quieres el aguinaldo de los Magos? Tómale, toma el polichinela que arrullabas y besabas en tu delirio. ¿No le ves? ¡Mírale bien! Es un polichinela de verdad... con traje encarnado y azul, con galones de oro, con cascabeles de plata... ¡Ah, Dios mío! ¿Te ríes, niño, te ríes? ¡Gracias, Señor! ¡Se ha salvado!

Y la Condesa arrodillándose al pie de la cama, hundió su frente entre ambas manos, y murmuró lentamente:

—¡Déjame ahora llorar un poco! ¡á cada uno le llega la vez de ser feliz!

CONDESA DE CAMPOBLANCO.

Amor ideal

Pocas noches hace, y á propósito de una boda anunciada por los periódicos noticieros, hablábase largo y tendido, como se suele decir, en la tertulia de la Condesa de V***, de amor, de pasión, de caprichos pasajeros...

Cada cual expresaba una teoría diversa, una opinión más ó menos aceptable, cuando cierta dama conocidísima en los salones más aristocráticos (á quien llamaremos Paula), exclamó entre jovial y seria:

—¡Pido la palabra! No se ama bien sino cuando se ignora lo que es amor, porque entonces el amor es una inspiración, y después se transforma en un estudio de conveniencia.

Unos sonrieron con expresión de burla, y otros aprobaron tal vez por galantería; pero Paula, sin preocuparse ni de estos ni de aquellos, añadió:

—Yo, por ejemplo, no he estado enamorada de verdad sino cuando tenía catorce años... Os diré como ha sido caso tan singular.

Y todos los contertulios de la Condesa hi-

cieron corro en torno de Paula, quien refirió la historia que, cambiando nombre de personas y localidades, narramos á continuación.



—Era hacia mediados de Mayo de 1850.... ¡ya veis que soy vieja!... y acababa de hacer mi primera comunión y de ponerme mi primer vestido largo; y cumplida esta doble iniciación sagrada y profana, se la anuncié á mi tío y padrino, el Marqués de Rocafiela, antiguo tutor de mi madre, manifestándole que la ocasión era oportuna para ceder á los ruegos de pasar el verano á su lado, en Barcelona, donde residía.

Él me contestó á vuelta de correo, no solo cogiéndome la palabra, sino declarando que así lo deseaba ardientemente desde la muerte de mi buen padre; y podéis figuraros lo que sería para mí, que nunca había salido de esta Corte, la idea de marchar á la hermosa y culta Ciudad Condal.... ¡Creí volverme loca de alegría!

Yo no ignoraba que mi tío era setentón, y por añadidura arruinado, pues se metió en sus mocedades en graves sucesos políticos, que le proporcionaron por toda recompensa muchos

disgustos y cuantiosos gastos; pero mi santa madre solo hablaba de él con profunda veneción, diciendo frecuentemente que era hombre honradísimo, ilustrado, modesto, cariñoso y qué se yo cuantas cosas más.

Había yo recibido la educación al uso de aquella época, de manera que sabía perfectamente el *Catecismo* y se me permitía leer *Las Mil y una Noches* y los *Cuentos de Perrault,* ó bien *Las Tardes de la Granja;* y por lo tanto, llena mi imaginación de tal lectura, comparaba yo á mi madre con una reina disfrazada de ciudadana particular, y á mi tío y padrino con un rey de aspecto imponente, de brillantes ojos y luenga barba blanca.

¡Figuraos cuál sería mi sorpresa, cuando al llegar á Barcelona, mi anciano tío se me presentó en persona de un hombrecillo encorvado, tembloroso, lleno de arrugas el semblante y sin un cabello ni blanco, ni negro, en su reluciente calva!

Por cierto que vestía no obstante mediar el siglo, á usanza del año 1800: casaca de damasco amarillo con flores, grandes chorreras y puños de encaje, calzón corto, medias de seda y zapato con hebilla de oro, llevando en la cabeza sombrero de medio queso, y en la mano una caña de Indias, con puño y contera de plata.

Era la figura más rara que podéis imaginaros, no solo por su traje, sino por la desproporción enorme que existía entre su torso agachado y sus larguísimas piernas más secas que espárragos trigueros.

Y su casa armonizaba con el traje: había heredado de sus padres, y la conservaba intacta, sin reformas de ningún género en la finca ni en el mobiliario.

Había allí grandes salones con viejos tapices y alcobas que parecían plazuelas; mi habitación tenía un gran lecho de palo santo y dos colosales poltronas á los lados; cerca del balcón, un precioso tocador de Luis XV; á la derecha un cofre de caoba con abrazaderas de bronce sobre fino paño rojo; á la izquierda una chimenea francesa decorada con lindas estatuitas y guirnaldas de mármol blanco; en las paredes una rica y variada colección de retratos, los de señoras con abultado tontillo, y los de hombres con luengos calzones, delgado espadín de cruz y rizada peluca blanca de coleta.

¡Cuántas veces me puse de pie en la cama, en los sillones, en el tocador, aún en la chimenea, y pasé revista á aquellos retratos!

*
* *

Uno había entre todos, en sitio de preferencia, que excitó mi curiosidad desde el primer instante que le vi: era artística miniatura firmada por cierto ilustre pintor parisiense, y representaba á un joven de la época del Directorio, á juzgar por su casaca azul turquí, sus encajes blancos, su inmensa corbata, su negro sombrero que sujetaba apenas ondulantes rizos de cabello rubio, cayendo por las sienes hasta los hombros.

Era retrato de gallardo mancebo de veinte años, poco más ó menos, de ancha y elevada frente, labios sonrosados, ojos llenos de fuego ardientes, seductores; y reflejaba tanta gracia, tan singular atractivo, que en ocasiones no me parecía retrato, sino la misma persona retratada, vista por cristales de disminución, y lejos, muy lejos, como si la mirase por gemelos de teatro invertidos.

Yo no podía entonces explicarme todo esto, sino que lo sentía y me agradaba: descolgué el cuadrito, lo acerqué á mis ojos, le miré atentamente, y quedeme largo tiempo fascinado, sintiendo nacer en mi pecho una emoción extraña, un no sé qué alucinador y lleno de encanto..., encanto que deshizo cruelmente la voz de mi madre, llamándome desde el salón contiguo, para que me dirigiera al comedor...

Pasamos tres meses en Barcelona, y yo estuve sometida á la influencia de dulcísimos ensueños; mi madre y mi tío eran seres indiferentes que apenas me interesaban, porque tenía en el pecho entre el vestido, aquel adorado retrato; no podía separarme de él, y le consideraba como un gentil caballero, espiritual, noble, hidalgo, valeroso; cuanto más le miraba, más y más el encanto me seducía.

Delante de mi madre y de mi tío, metiendo la mano en el pecho, abrazaba la miniatura y la oprimía sobre mi corazón; por la noche, cuando me acostaba, poníala á mi lado en el reclinatorio, mientras yo rezaba mis oraciones, y luego la reclinaba en mi almohada; por la mañana, al despertarme, sentía placer inmenso en viéndola á mi lado y estrecharla en mis brazos.

Algunas veces tapaba el retrato con mis dedos y le descubría poco á poco: primero la frente, después los ojos, en seguida la nariz y los labios, y le aplicaba luego á mi pecho, que palpitaba rápidamente, á la vez anheloso y harto de tantas amorosas emociones.

¡Ah! era todavía una niña, y me transformé de repente en mujer por la pasión y por la astucia.

*
* *

Llegó el mes de Octubre, y cuando se habló de nuestro regreso á Madrid, pensé en robar la miniatura... sin perjuicio de contárselo todo á mi madre en llegando á nuestra casa; pero en el fondo del alma, sentía una angustia indefinible, porque mi tío que era en efecto honradísimo, hidalgo y cariñoso como mi madre me dijo antes de nuestro viaje á Barcelona, se había granjeado mi cariño.

Y por compensación resolví duplicar mis abrazos y besos al noble anciano, con mucha satisfacción suya, y dí suelta á mi perversidad, llegándole á pedir su fotografía.

¡Mi fotografía! —exclamó riendo y abrazándome el buen viejo—¿Para qué la quieres, pequeña?

—Para guardarla en memoria vuestra.

—¡Oh!—prorrumpió vacilando entre el afecto y la franqueza.

Y hacía esfuerzos para erguirse, y se atusaba el lacio bigote con las pretensiones de un conquistador callejero.

—¡Oh!—repitió—Ahora soy viejo, feo, torpe... ¡mas no creas, niña, que siempre he sido así!... Porque... cuando era capitán de granaderos, allá, en tiempos de la buena reina Doña María Luisa, más de una linda muchacha se volvía para mirarme.

Entonces le dirigí una mirada verdaderamente estúpida, no pudiendo imaginarme que mi tío hubiese sido nunca distinto de lo que era en aquel momento.

—¿Te ríes, picaruela?—añadió—Pues bien, ea: quiero que lleves á Madrid un buen recuerdo mío, y te doy el retrato de cuando yo era muchacho de veinte años. ¿Le has visto, Paula? Está en tu cuarto: es una miniatura preciosa... un petimetre con casaca azul turquí... ¿Pero por qué lloras, chica?

¡Sí! ¡Lloré desolada con aquellas palabras, herida no sé dónde! ¡Sí! ¡Lloré sin saberlo, la pérdida de mi amor ideal, de mi primer amor, de mis queridas ilusiones.

J. LÓPEZ DE ANSOS.



MIS DIENTES

Á MI AMIGO DON PEDRO TOLEDO, CIRUJANO DENTISTA

Nunca jamás había podido imaginar que los pacíficos habitantes de mi boca pudieran ser objeto de una Nazarenada; por más que mil y una barrabasadas se han hecho y se están haciendo con ellos, de cuenta, como dice el pueblo, que no se habrían de quejar ni irían con el pleito á España. Pero ha llegado el momento en que la injusticia rebosa, y ya que no me es dado echar por esta boca más dientes, echaré más verdades que un calendario — lo cual no será difícil.

Supongo que mi lectora tiene dientes y que su amante le ha repetido más de una vez que son como perlas orientales, ó que parecen ópalos ó rubíes incrustados en columnas de coral. Supongo que jamás barbero ó dentista alguno le ha metido el gato en la boca, ni le ha puesto las raíces al sol, aplicándole ungüento de hierro. Supongo, en fin, que el enamorado mancebo tiene razón de sobra, y que no se atrevería á meterle el dedo en la

boca por más que su arrobamiento le diese tentaciones de hacerlo.

Esto supuesto y considerada la valía en que estimará esas perlas orientales, sobre todo cuando tenga que batirse con una suculenta pierna de pavo, ó con un sabroso turrón de Alicante, sepa la hermosa de los dientes de perlas que á los míos se les puede ya escribir una necrología y dedicar un soneto y hasta dos, de los que firman algunos autores ó autoras.

(Á la sentida muerte de) en la página tercera del.... Retórica aparte, puedo decir que fueron como Troya, y que aun cuando no tenían murallas que los protegiesen contra los Aquiles y demás hércules de la antigüedad, ellos se sabían defender con tanto brío, que desgraciado del individuo que osase ponérseles tiro á tiro, y tanto peor para él mientras más apretados los pusiese.

No lo digo porque ya no existan y porque de los muertos no se recuerdan sino sus virtudes; sino por su firmeza incontrastable, por su tenacidad después que hacían presa; todo lo cual consta de autos y saben bien á su costa millares de gallina que murieron antes que ellos, y de pollos y pollonas, vacas, terneros, gansos, conejos, y con perdón de ustedes, marranos

destrozados en la empeñada lid que mis compañeros sostuvieron mientras asistieron á refectorio en ese valle de lágrimas. De las frutas no haré mención, porque en mi tierra existen árboles que no me dejarán mentir, los cuales se abstuvieron de producirlas por temor á los ataques de mis dos hileras de frutívoros. Si los muertos hablasen, cuántos levantarían el grito para apellidar asesinos á los que yacen hoy en el "sepulcro helado" sin esperanza de resurrección!

En fin, para ahorrar palabras diré que nadie como yo podía aconsejar al vecino que entre dos muelas cordales no metiese los pulgares y que cual hombre prudente no se dejase hincar el diente. Si hasta recuerdo que viendo un brazo regordete y con oyuelo blanco, terso y unido á un cuerpo de zandunga que tuviese pegada una cara de buena moza, lo primero que me ocurría era la tentación de morderla. Miren ustedes, si tendría dientes. Ay! que si los tenía! nadie sabe lo que tiene sino después que lo ha perdido.

En fin, volviendo á mis dientes, ó á la historia de mis dientes, que es más exacta, dióme la manía de escribir y las horas del día eran pocas para satisfacer ese apetito desordenado, que lo es. Para alargar la de trabajo hasta

20, no hasta 14 como el cicatero de Alejandro Dumas, escribía á la luz, y es probado que nada hay tan fatal para los dientes como la luz. Hay personas que jamás usan cepillos por no exponer sus dientes, y la raza africana los tiene tan buenos porque los conserva en la oscuridad.

De mí sé decir que si el calor del sol deshizo las alas á Ícaro, la luz del gas me deshizo á mí todos los elementos que ahora sin consuelo lloro. Primero una picadura que se llenó con oro; después otra que el dentista terraplenó con masilla; después otra que sirvió de depósito á un nuevo lingote de 24 kilates; más tarde otra idem idem. El resultado fué que se me volvió la boca una mina tan rica y bien repleta como las de California, y á solas para mi consuelo calculaba en mi oculto *placer* como en otra Monte-Cristo, para el día en que llegase la razón de ser corresponsal á tornarse tan apremiante que me hiciese acudir á empréstito extraordinario sin curso en la bolsa: echaría mano á mis dientes y les haría devolver todo el oro que se habían tragado.

Todo no, porque recuerdo que jamás fuí á casa de mi dentista, el cual sea dicho en justicia, es hombre de mucha conciencia, sin que volviese á casa con una pieza de cinco pesos

menos, y calculo que por rico que estuviese, mi boca no habría podido soportar el peso de un cuarto de águila en cada picadura, aun cuando los dientes míos estuviesen convertidos en sutil encaje por el estilo de las redecillas de oro y perla que hace Teftani para las señoras de B. . . y otras millonarias.

Pues como iba diciendo, de picadura en picadura llegamos á que había por aquellos cerros más cavernas que tierra firme y que todos se iban desmoronando como bizcocho en que entran hormigas.

La apariencia muy lucida, pero el primer pollo á quien se le antojaba apersonarse de heroe para vengar á sus innumerables compañeros mártires que le habían precedido, con solo hacerse un instante algo duro de corazón, me abría un portillo como el que abrieron los indios del Cuzco para huir de Francisco Pizarro. A fin de cerciorarme de la avería mandaba á la lengua que fuese á explorarla y me parecía por sus informes que á través de la tronera cabría desahogado el "Great Eastern." Es verdad que no hay cosa como la lengua para exagerar y abrir una brecha, ni los cañones rayados que inventó Napoleón III.

Este ilustre soberano á quien venero por sus

talentos y admiro por lo bien que sabe tratar á los ingleses aun cuando éstos se le presentan armados hasta los dientes, diz que para tratar á los suyos (á sus dientes) ha escogido doctores americanos. Debo advertir, primero, que en los Estados Unidos hay doctores dentistas, en cambio de que no hay doctores en leyes: y segundo, que si al que sabe se le llama doctor, como cuando se dice de alguno que es muy doctor y de alguna que es muy doctora, abundan razones para llamar doctores á los dentistas americanos, por que saben dientes á pedir de boca, y tienen colmillo en eso de saberlos

arreglar y sacar. Son los primeros dentistas del mundo. ¡Cuándo Napoleón se pone en sus manos!

Siendo, pues, ó mejor diré, sintiendo que si el oro de California me salvaba y que empezaban los dolores de muelas y los de dientes, resolví seriamente deshacerme de huéspedes molestos, y una noche que había pasado en vela, oyendo á los gatos lamentarse y casi hablar aguijoneados por el mal que á mí me atormentaba, dispuse como tres y dos son cinco que á la mañana siguiente, sin aguardar más tiempo, me pondría en manos de los dentistas imperiales para hacer lo que me imagino que Napoleón, hombre que habla muy claro, no ha hecho todavía; porque el que no tiene dientes masca el agua y pierde el modo de hablar.

Entonces comprendí la razón con que pagó el hombre de bien al barbero los veinte doblones. El barbero le decía:

—Pero señor, si no le conozco á Vd., y mi conciencia.....

—Sí, señor, decía el hombre de bien; pero yo se los debo.

—¿Cómo? explíquese Vd.

—¿Cuánto pide Vd. por arrancarme un diente?

—Dos doblones.

—¿Y por curar un dolor de muelas?

—Uno.

—Pues yo, señor barbero, he venido veinte veces con el dolor de muelas y resuelto á que Vd. me las arrancase; pero al mismo llegar á la puerta de Vd. me curaba. Quiero decir que me curó Vd. veinte veces sin saberlo; pero me curó y mi conciencia.....

—¡Ah! si es caso de conciencia..... dijo el barbero y guardó los doblones.

Yo habría podido pagar por lo menos diez doblones hasta el día en que me resigné como Santa Irene y el artista imperial me puso los dientes al aire. Terrible día, mas afortunadamente día único!

El doctor me propuso cloroformizarme. No estoy por perder el juicio más veces de las que naturalmente nos ocurren á los hombres todos los días, incluso y principalmente el de la boda. Después me ofreció, para animarme sin duda, que me los sacaría sin dolor. Le creí, mentecato de mí, porque una de las flaquezas humanas consiste en creer, y á veces se creen hasta las promesas de dentistas y otras. Le creí y metió el alicate.

—¡Oh! que talento tuvo el que escribió aquel chispazo:

«Juan Tachuelas, sangrador
Es un hábil sacamuelas,
Pues las saca sin dolor...
Sin dolor de Juan Tachuelas.»

Ví las estrellas á medio día sin necesidad de que hubiese eclipse, á menos que por tal fenómeno se entendiese la ausencia de los planetas que regían el cielo de mi boca, los cuales se eclipsaron desde entonces muy de veras, totalmente y no se cuantas semanas apocalípticas.

¿Cómo hay gente que se deja sacar muelas con una espada, según lo practican los charlatanes de aldea? ¡Cuán cierto es aquello de que una mujer quiere á su rival como un dolor de muelas! ¡Y aquello otro, pues, que suele decirse, de que un hombre avaro tiene entrañas de barbero!

El sentimiento que nos produce el bienhechor es la gratitud cuando nos liberta de un mal; pero el sentimiento que nos arranca el dentista con la muela picada, es el de la ira. Y después tener alma de cobrarle á uno por el desarme general en que le deja! Fácilmente se concibe el homicidio que cometió el provincial á quien le sacó el barbero la muela inmediata á la enferma!

—¡Cómo! exclamó el mártir, si le dije á

Vd. la penúltima y me ha extraído Vd. la última!

—Perdone Vd., dijo el barbero, le sacaré á Vd. la penúltima.

Por obra del barbero faltaba una y la enferma no era ya penúltima; pero el operario obedeció esta vez y sacó la penúltima que estaba también sana.

El paciente se enfureció y con uno de los instrumentos del suplicio desbarrigó al barbero. Un jurado compuesto de dos vecinos honrados declaró unánimemente que la muerte era necesaria y que todos en su lugar habrían hecho lo mismo, absolviendo en seguida al desmolado.

¿Qué habría declarado si como yo hubiese sido desdentado? Mi imperial doctor tuvo sin embargo sofismas á mano bastantes para convencerme de que todo había salido perfectamente. Por supuesto que había salido, bien lo sentía yo. El desguarnecedor de mis mandíbulas añadía que todo asimismo había quedado perfectamente. Embustero, cuando no quedaba nada, ni la esperanza, porque los dientes son como el humo, después que se ha llegado á cierta edad.

He quedado bien. Ganas me daban de cometer un disparate con sólo pensar que los

muchachos de mi pueblo aludirían á mí cuando gritasen por las calles: "Pan caliente para las viejas que no tienen dientes", y que yo cada vez que leyese versos de enamorados con perlas en gastadas en coral me sonrojaría ni más ni menos que una doncella de las que no se han educado en colegio.

Por último, hicimos pases como Garstckakoff después que Pelisier le sacó los colmillos á la torre de Malakoff, y convinimos en que sobre el montón de ruinas sangrientas de mi un tiempo formidable Sebastopol se reconstruiría, no lo que antes había y pudiera hacer otra vez la guerra á todos los aliados ó alados del Universo, sino lo que el buen parecer y y la dignidad de una boca decente requiriese.

He estudiado media hora la anterior metáfora para no mentir ni declarar tampoco la verdad. ¡Pero, á qué fin! Las lectoras saben ya que convenimos en que él me pondría dientes postizos, y en que yo volvería á tener la Grinolina en la boca, así como sus beldades lo llevan en otra parte que Dios les guarde, para que los mozos le puedan decir que tienen talle esbelto y cintura de mimbre.

Hecho el convenio, lo demás está dicho; el doctor me hizo una mámpara, una especie de

telón de teatro, muy bien hecho, eso sí; cualquiera, menos yo diría que:

«Es tanta la verdad de mi mentira
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza ideal en dientes verdaderos».

Mas, ah! que para el desgraciado todo es cuita, y tras el mal paso vienen otros que lo hunden en el abismo. La virtud es una isla sin orillas, y una boca sin dientes no tiene por donde agarrar.

Los primeros días me sentía precisamente como potro con freno en el picadero. Los tocaba y retocaba, los mascaba, (con las encías), los tascaba, y en poco estuve que no los escupiese en un estornudo. Al fin me habitué como la mujer á los palos del marido, y hacía uso de la herramienta con pasmosa maestría. La vista de un brazo regordete volvió á producir su efecto acostumbrado de encolerizarme, á punto de querer morderlo.

Pero ahora son mis temores: á muchos les ha sucedido tragarse los dientes cuando no son como Dios los manda, sino contra la ley de Dios. Yo mismo conocí en Washington á todo un ministro plenipotenciario que murió, no de hambre y por falta de dientes, sino por sobrados dientes que se le anexaron más

adentro de la línea divisoria entre la boca y el gaznate. El hecho es histórico. Antes de irme á la cama, todas las noches me examino la conciencia y la boca, no porque sea diplomático ni cosa que se le parezca, sino porque temo que me dé á soñar que lo soy, y no teniendo inmunidad, me trague los dientes.

Un amigo, para consolarme, y como dice él, para sacarme esas ideas de la cabeza, cual si no fuese mejor sacarme los dientes de la boca, me ha contado un lance, pero qué hacer! el cual me viene de molde para concluir bien. El caso es.... Pero él me lo contó en verso y en verso lo he de repetir. Dice pues.... y luego que lo lean, señoritas, derechito á la cama, sin reirse ni murmurar de mi amigo.

Dice pues:

Yo, dentadura postiza!
No á fe, que ha un año cumplido
Vi tragarse en un descuido
Los dientes á doña Luisa.
Luego la vi en un salón
Y alabando los suplentes,
Me dijo: ¿Muy bellos dientes,
Verdad? pues aquellos son.

Yo me quedé de una pieza pensando que si doña Luisa era buena pieza, su plancha de dientes no era mala pieza.

Simón Camacho.

SALIDA DE VAPORES PARA ULTRAMAR

Enero	Vapores	DESTINOS	Agencias
I	Perseo	Barcelona, Génova y Nápoles	Corrientes 447
5	La Plata	Rio, Dakar, Lisboa y Burdeos	Reconquista 333
8	Victoria	Las Palmas, Barcelona y Génova	Cuyo 249
IO	Clyde	Puertos de Inglaterra	Reconquista 412
I5	Reg. Margherita	Barcelona, Génova y Nápoles	Corrientes 447
I8	Nord América	Las Palmas y Génova	Cuyo 249
22	Orenoque	Rio, Bahia, Barcelona, Lisboa y Burdeos	Reconquista 333
24	Danube	Puertos de Inglaterra	Reconquista 412
28	Montevideo	San Vicente y Génova	Cuyo 249

EL AGUA

¡Hombre al agua! ese soy yo:
el agua quiero cantar
que más de un susto me dió,
y no sé como empezar
porque nunca me gustó.

—

La admiro ¿qué duda cabe?
ningún hombre que se lave
puede el agua aborrecer,
y la bebo, ya se sabe
á la hora de comer.

—

Me place verla serena
cuando en la menuda arena
que al valle se precipita,
y cuando mansa se agita
en el cristal de una fuente.

—

Pero aparte de la pesca
ni sé por qué mueve gresca,
ni por qué está tan en boga,
pues si una vez nos refresca,
otra en cambio nos ahoga.

—

Muchas cosas en su abono
tendrá, como en grave tono
dice la gente formal,
pero yo no le perdono
el diluvio universal.

—

Y si esto es cuando serena
de purísimos raudales
brota en abundante vena,
¿quién no recuerda con pena
las aguas medicinales?

—

De un antro oscuro y fangoso
surgen húmedos vapores,

y el aire caliginoso
se inunda de cien olores,
el que menos, asqueroso.

—

Y allá van en procesión
la niña que de apretarse
tiene deshecho el pulmón,
el anciano solterón
que anhela regenerarse.

—

La viudita á plazo fijo
empeñada en acortarlo
por aquello que se dijo,
la que sueña con un hijo
ó la que quiere evitarlo.

—

Y allá fuí yo más de un día.
ardiendo como una fragua
á predicar alegría,
y ver como se comía
y beber más vino que agua.

—

El agua ! mal necesario
y con perdón de la ciencia,
líquido muy ordinario
que inventó la Providencia
por amor al boticario.

—

Ni tiene olor ni sabor,
refleja cualquier color,
se puede á todo mezclar
é igual sirve de motor
que sirve para matar.

—

Lo dicho, yo no la paso;
mas, porque no haya un fracaso
y los homeópatas griten,
si ustedes me lo permiten
me voy á beber un vaso.

Manuel del Palacio.

FÁBRICA NACIONAL DE SILLAS

DE

TOLEDO Y RODRIGUEZ

CÓRDOBA 2701

2719 - UNION TELEFÓNICA — COOPERATIVA - 2102

Este establecimiento fundado exclusivamente para la fabricación de sillas de cualquier modelo y con maderas del país, posee todos los elementos mecánicos más adelantados para poder atender cualquier pedido con prontitud y esmero.

BRIC Á BRAC

Una señora sorprende á su cocinera en íntimo coloquio con un soldado.

—¡Siempre lo mismo!—dice el ama con enojo.

—Se equivoca Vd., señorita; ayer me sorprendió Vd., con uno de caballería. El de hoy es artillero.

Un quidam se presenta en una librería.

—Quisiera una obra seria, algo histórica, algo...

—Aquí tiene Vd. "El último día de Pompeya."

—¡Pompeya! ¿Y de qué mal murió esa señora?

—Creo que de una erupción.

En un baile de la Alhambra.

—¡Calla! ¡Rosa bailando con un negro!

—Sí; está de luto por la muerte de su madre.

—¿Qué tal juegas al billar?

—Así, así. Me cuesta un peso cada carambola, gasto una pieza de paño para jugar una partida y dejo tuerto á mi adversario.

—¿De qué familia es Vd?

—De una familia tan modesta que sólo se atreve á salir de noche.

—¿Con qué objeto?

—Es que todos huimos del sol para no hacer sombra á nadie.

—¿Tiene Vd. libros de poesías? pregunta un comprador á un librero.

—¿De qué autor los desea Vd?

—De cualquiera: es para una señora que devora versos, pero que no tiene paladar.

—Doctor, ¿qué diferencia encuentra usted entre morir del cólera ó de un cólico?

—De un cólico se muere con modestia, y del cólera se muere con escándalo.

—¿Dice Vd., que ese joven es...

—Políglota.

—¿Y sabe muchos idiomas?

—¿Qué si sabe? Hubiera podido ser el intérprete de la Torre de Babel.

—¿Dices, Perico, que tienes ambición?
—Sí; quiero ser ó César ó nada.
—Esa frase se ha hecho vieja.
—Pues la traduciré al estilo moderno: quiero ser elefante ó microbio.

—Niño, ¿qué tomas del suelo?
—Una herradura.
—Tírala, que si te ven recogerla creerán que no te calzo.

—Te vi aplaudiendo aquella comedia detestable: no lo niegues.
—Es cierto; pero sólo aplaudí al final.
—Si es extravagante.
—No me negarás que toda comedia mala tiene algo bueno.
—¿Qué encontraste bueno en esa?
—La caída del telón.

—¿Juega usted á la lotería?
—Hace diez que compro un mismo número.
—¿Y ha obtenido usted premios?
—No, señor, no he tenido ni un sólo premio de constancia.

MAR DEL PLATA

FERROCARRIL DEL SUD

SALIDAS

ESTACIONES	A. M.	P. M.	P. M.
	Lunes, miércoles, viernes y domingo	Lunes, miércoles y viernes de P. Constitucion	Martes, jueves y sábado de P. Constitucion
Plaza Constitución.............	6 00	7 30	9 45
	p.m.	a.m.	a.m.
Maipú	1 2	3 30	4 35
Las Armas......................	2 03	4 10	5 13
Pirán	2 35	4 43	5 45
Arbolito.......................	3 05	5 15	6 15
Vivoratá.......................	3 44	5 53	6 50
Camet..........................	4 21	6 30	7 29
Mar del Plata..................	4 35	6 50	7 45

REGRESOS

ESTACIONES	A. M.	P. M.
	Lunes, martes, jueves y sábado	Miércoles, viernes y domingo hasta el 15 Dbre.
Mar del Plata..................	8 10	9 05
Camet..........................	8 23	9 23
Vivoratá	9 04	10 02
Arbolito.......................	9 43	10 35
Pirán	10 15	11 07
Las Armas	10 50	11 42
		a. m.
Maipú	12 00	12 40
	p. m.	
Plaza Constitución.............	6 45	8 40

NOTA—El tren rápido nocturno de Plaza Constitución para Mar del Plata los dias jueves y sábados empezará á correr el 15 de Diciembre y no correrá despues del fin de Febrero, y desde el fin de Febrero el tren nocturno que sale de Plaza Constitución á las 7.30 p. m. diariamente exceptuando los domingos, llevará una parte para ramal Mar del Plata.


AVERY'S SIMPLE SULKY